

LIMITACION DE LA NATALIDAD EN AMERICA LATINA

Rubén Darío, el profeta instintivo de nuestros pueblos, dijo muy bien:

‘Los Estados Unidos son potentes y grandes; cuando ellos se estremecen, hay un sordo temblor que sacude las vértebras enormes de los Andes’.

Hoy nuestras naciones se encuentran sacudidas por un movimiento que pide la limitación y el control de la natalidad, alegando cifras que demuestran la desproporción monstruosa entre bocas y alimentos. No vamos a negarla (aunque se podían hacer bastantes reflexiones); pero sí a afirmar que es no menos injusto que doloroso poner este problema en términos de ganadería, donde la reproducción se ajusta a normas meramente animales. Dicen que el Presidente Johnson aseguró que, en los países subdesarrollados, cuesta solamente cinco dólares evitar un nacimiento, mientras cuesta noventa el promover a cada nuevo ciudadano... Y no cabe duda que, con impulso y ayuda más o menos oficial y velada de los norteamericanos, ya se están llevando en nuestras tierras programas de limitación natal. Para no hablar de Puerto Rico (donde se ha llegado al extremo de esterilizar a las madres aun sin contar con su consentimiento), estamos oyendo voces de protesta bastante general: Brasil se opone fuertemente a ella, Colombia se resiste por boca de autorizados católicos, la prensa de El Salvador ha proferido condenaciones del sistema...

De cualquier manera, los católicos debemos tener ideas claras sobre el asunto.

La Iglesia —cuya doctrina es norma moral para nosotros— no se opone en principio a la regulación humana de la natalidad: solamente excluye, de modo categórico y definitivo, los medios intrínsecamente malos del aborto y de la esterilización. Cuanto a otros procedimientos, por ahora, mientras el Papa (que ha abogado a su suprema autoridad el asunto) no nos diga otra cosa, lo único admitido es la continencia periódica, que puede ser ayudada dentro de ciertos límites con el uso de drogas anovulantes. Si se nos dice, como algunos lo hacen trayendo ciertas estadísticas que gran número de parejas católicas están empleando procedimientos no aceptados por la Iglesia, ello no cambia la validez de nuestras normas: la sociología nunca puede ser la regla de la conducta moral.

Esto por lo que mira a la actitud privada del católico. Pero hay otro aspecto muy importante. Si un gobierno de cualquiera de nuestras naciones —predominantemente católicas, si queremos, pero siempre efectivamente pluralistas en religión—, para evitar mayores males, como lo son el aborto y la esterilización, decide permitir en su legislación el uso de medios an-

ticonceptivos, los católicos no debemos oponernos a ella, aun sabiendo que para nosotros estará vedada el usarla: por la sencilla y elocuente razón de que no podemos imponer a otros nuestras normas morales. Nótese que dijimos “permitir”, porque si las disposiciones legales supusieran una “imposición” en cualquier forma (por ejemplo, favoreciendo a quienes limiten su natalidad y desfavoreciendo a quienes no desean hacerlo), estamos en el caso de un atentado a la libertad de conciencia. Ahí está la denuncia que obispos norteamericanos acaban de hacer a su gobierno, precisamente por encontrar estas presiones y coacciones en el uso de medios anticonceptivos: ejemplo de lo último que decimos. Pero también están las declaraciones de obispos y católicos en otras naciones, como en Francia y Canadá, que aprueban la legislación permisiva de información y medios anticonceptivos sin carácter coactivo.

Recomendamos especialmente la lectura de un artículo del jesuita chileno Hernán Larraín en la acreditada revista “Mensaje”, en octubre del año pasado de 1966 y que estudia el punto de vista moral de los católicos ante una política de regulación de la natalidad.

De todas maneras, en cada país determinado hay que estudiar la verdadera situación, sin dejarse llevar por la bien orquestada propaganda que nos asusta con daños apocalípticos causados por la creciente población. Y nunca olvidar —como lo han dicho muy bien en Rusia— que los hombres son el mejor capital nacional: hay que administrarlo sabiamente.

DUELO EN LAS LETRAS CASTELLANAS.

El 2 de marzo acaba de fallecer en Madrid José Martínez Ruiz, “Azorín”, que había nacido en Monóvar (Alicante) en 1873. Con él desaparece el último representante de la llamada “generación del 98”. Sencillo, apacible y mesurado, deja un copiosa producción literaria en sus 93 años de vida. Cultivó la novela, el teatro, la crítica y especialmente el ensayo. Su estilo se distingue por el preciosismo, la frase corta, la observación detallista. Es el hombre del detalle y del orden, que encuentra vida e interés en las cosas minúsculas de la naturaleza. Nadie como él supo valorar el “tiempo” como factor estético: las nubes son la imagen del tiempo que va pasando... Fue un gran estilista, que doró las cosas pequeñas por todas sus facetas.

¿UN SACERDOTE EN FAVOR DE LAS GUERRILLAS...?

Un despacho de prensa anunciaba hace algunas semanas que un sacerdote colombiano, el Padre Germán Guzmán, había declarado a un diario de Cuba que en Colombia continuarían las guerrillas campesinas.

El hecho parece merecer algunas puntualizaciones y reflexiones; tanto más cuanto que un sacerdote salvadoreño decía en "La Prensa Gráfica" del 21 de enero que el Padre Guzmán es "un hombre competente, que sabe lo que hace y que mide lo que dice". Comencemos por aclarar que se trata de un sacerdote colombiano, perteneciente a la diócesis de Ibagué y que ya no es monseñor: su distinción no fue renovada, como lo dijo públicamente su obispo. Por otra parte, la situación canónica del Padre Guzmán es bastante irregular: en la arquidiócesis de Bogotá, donde reside, le fueron retiradas todas las licencias ministeriales y le pidieron regresar a la suya, cosa que no ha hecho. Esta actitud nos muestra ya que infortunadamente no hay en él la debida disposición hacia sus legítimas autoridades eclesiásticas.

No podemos convenir —si queremos juzgarlo favorablemente— en que haya medido sus palabras. Sus declaraciones al periódico castrista indican por sí solas una imprudencia; con ellas sólo se podían beneficiar quienes maliciosamente se las pidieron y las publicaron. Pensamos, desde luego, que el Padre Guzmán no es comunista; nuestras informaciones —y son de primera mano, venidas de la misma capital colombiana— nos dicen que es un sacerdote de gran corazón, animado de los mejores deseos de reforma social, pero que lleva en su alma un gran resentimiento por lo que sufriera su familia en la represión de los "violentos" por parte del ejército. En colaboración con otros (de raíz fuertemente izquierdista, ciertamente) publicó hace pocos años un libro llamado "La violencia en Colombia", que fue sumamente discutido, por decir lo menos, y que ha alcanzado gran éxito editorial, porque indudablemente contiene materiales de gran valor humano y social.

La tragedia de la violencia colombiana es un hecho que tiene profundas y lamentables raíces. Comenzada por motivos políticos, prosiguió después por una rebeldía primaria e inconsulta ante evidentes injusticias sociales; desde hace algunos años, los comunistas se esfuerzan por atraerse a los escasos grupos que todavía permanecen. Tampoco se puede descartar entre sus móviles el puro y simple bandolerismo. Pero desde luego, en la actualidad, las guerrillas no tienen la extensión ni la importancia que se pretende atribuirles desde fuera con intenciones evidentemente exageradas y partidistas.

De todas maneras, creemos que sería tan falso como injusto ver en el Padre Guzmán —como se trata de hacerlo— un partidario y fomenta-

dor del guerrillerismo colombiano. Como muy bien dice su amigo salvadoreño, "Guzmán quiere una revolución social, pero por medios justos y pacíficos". Camilo Torres ardía en parecidos deseos, pero lamentablemente equivocó sus caminos y se lanzó por los que en modo alguno corresponden al sacerdote, y ni siquiera al cristiano: no es la espada la que va a traernos la paz, sino la instalación decidida, inteligente y coordinada de los principios de justicia y de caridad social.

TEMPESTAD EN EL GARONA.

Jacques Maritain, el insigne pensador católico francés, ha cumplido ya 84 años y vive en un retiro de oración y de estudio, entre los Hermanitos de Jesús, en Tolosa de Francia, sin haber publicado ya nada desde 1960.

Pero el año pasado de 1966, el autor de "Humanismo integral" y de tantas otras obras en que ha querido penetrar sagazmente la entraña de la filosofía y del cristianismo, acaba de romper su silencio, con un libro llamado "Le Paysan de la Garonne" (El campesino del Garona), al que considera como una especie de testamento escrito en la tarde de su vida, y en el que "un laico viejo se pregunta sobre el tiempo presente". Maritain se considera como "un laico inveterado" y anuncia que va "a poner los pies en el plato" con la rudeza de un campesino del Garona.

Las consideraciones del solitario de Toulouse han puesto en conmoción a Francia y, por derivación, casi al mundo entero católico. Maritain ha seguido no ya con interés, sino con verdadera pasión el Concilio Vaticano II; más aún, puede decirse que ha sido uno de sus más eficaces preparadores. Pero al examinar la situación postconciliar y la aplicación de las decisiones conciliares, siente una viva preocupación: cree descubrir, especialmente en el clero un "neo-modernismo", en cuya comparación el debelado por San Pío X no es sino una pobre "fiebre del heno". Denuncia la manía de arrojarse ante el mundo, la obsesión por no ser "sobrepasados", la confusión de ideas en "una época intelectualmente degradada", el teilhardismo, el corre corre de los clérigos hacia el freudismo y la fenomenología, la veneración católica de la carne... En todo ello no ve sino "fatuidad, debilidad o flojera de espíritu".

En una palabra, el libro es un verdadero proceso de traición y de infidelidad que Maritain hace a sus hijos espirituales. Con ironía afirma que hoy en día, si un predicador quiere ser inteligente, debe olvidar los temas del otro mundo, de la cruz y de la santidad.

Si esta requisitoria viniera bajo un nombre distinto, por ejemplo, de un español, apenas suscitaría un desdeñoso encogimiento de hombros. Pero la calidad de su autor ha dividido a la opinión pública francesa. Conocidos intelect-

tuales como Jean Guittou, Jean de Fabregues y Stanislas Fumet han suscrito la tesis maritainiana. Otros, como el P. Congar, sin atreverse, sin duda por respeto, a disentir abiertamente, han expresado "cierta pena" por las audacias del venerado maestro. Y ¿quién lo creyera! el mismo dominico llega a reprochar a Maritain el carácter exclusivo de su tomismo. Alguien llega a sugerir discretamente que este libro no debiera haber sido publicado, pues desluce la gloria del maestro...

De todas maneras, ha sido un éxito de librería. Ya han desaparecido los cuarenta mil ejemplares de la primera edición.

Quizás Maritain ha sido excesivo en la crítica, generalizándola demasiado tanto en extensión como en profundidad. Pero siempre es una voz autorizada, que en la cumbre de su fecunda vida ha acertado a poner algún freno en la época de disolución que vivimos, cuando se invoca el Concilio para toda clase de excesos (sin que olvidemos también que, aunque con menos frecuencia, se es tardo y tímido en aplicarlo). Nos parece que el pensamiento del campesino del Garona coincide fundamentalmente con lo que varias veces ha expresado Su Santidad Paulo VI.

LOS QUE NO HAN PODIDO TERMINAR.

Desde hace varios meses, la prensa nos ofrece con avidez —y en muchas casos diríamos con complacencia— la triste historia de sacerdotes, religiosos y religiosas que han abandonado su vocación dizque en nombre del Concilio. No es lícito, ni siquiera humanamente hablando, pretender entrar en esas conciencias para dar un juicio moral: solamente Dios es el juez de las almas.

Pero si tenemos el derecho de analizar lo que dicen, cuando tratan de justificarse públicamente.

Un teólogo inglés, ampliamente conocido, deja la Iglesia, aunque protesta que no el cristianismo (?), porque dice que aquélla busca el poder y la autoridad por encima del bien de las almas. ¿Puede hoy alegarse tal razón, cuando se están suavizando las estructuras jerárquicas y más que nunca aparece el rostro de madre solemnemente proclamado por el Concilio, en aras del "servicio" de los hombres que Cristo vino a traer a la tierra? Verdad que esa transformación procede despacio y que encuentra resistencia en algunos sectores; pero el proceso está en marcha, y quienes lo desean sinceramente harían mucho mejor en quedarse dentro para apresurarlo y mejorarlo. No podemos menos de pensar que aquí hay algunas de esas razones que son desconocidas para la razón y que bullen en el misterio insondable de la libertad humana. Y de cualquier modo, no es justo ver aquí un argumento contra la verdadera Iglesia, la que Juan XXIII y Paulo VI se han

esforzado por poner al día, y cuyos rasgos esenciales han sido soberanamente subrayados por el Concilio.

Otro día son varias religiosas norteamericanas que abandonan su vida comunitaria después de largos años. Unas de ellas asegura que sus ojos se han abierto a la verdadera luz, cuando oyeron al Concilio declarar que los seculares tienen un gran puesto en la Iglesia. Pero ¿es que no han leído también lo que el Vaticano II dice sobre la vida consagrada por la profesión de los consejos evangélicos y "su necesaria función en mayor bien de la Iglesia en las presentes circunstancias"...? Otras contestan que entraron al convento para huir de las responsabilidades económicas mediante el voto de pobreza, para escapar a la toma de propias decisiones mediante la obediencia, para evitar las exigencias del amor humano mediante la castidad consagrada. Si esto es así, hemos de concluir que no había verdadera vocación en ellas; porque tales renunciadas, en la vida religiosa, han de hacerse por el reino de los cielos y por el más puro y exclusivo amor de Jesucristo.

Algunas alegan que sus órdenes no estaban moviéndose con suficiente presteza en el camino del "aggiornamento". ¿Se moverán mejor al verse privadas de las almas deseosas de ello...?

Finalmente —y es una de las más sonadas defecciones— una religiosa ampliamente conocida y estimada en los Estados Unidos por su labor educacional, encuentra al cabo de dieciocho años que la obediencia le es un estorbo: "llegué a darme cuenta de que no podía vivir como un ser humano y responsable al estar por el resto de mi vida sometida al voto (de obediencia)"; "bajo ese voto, yo había dado a otra persona la autoridad para limitar o vetar mis decisiones". Otra vez, en el terreno siempre de lo objetivo, encontramos una incomprensión no sólo de la obediencia, sino de toda la vida religiosa.

Se señala que todas esas religiosas, salidas de sus claustros, guardan, con todo, agradecimiento al estado en que vivieron y reconocen los beneficios que allí recibieron. Lo que demuestra, una vez más, que se trata de motivos personales y subjetivos y subraya la necesidad de conseguir una más perfecta comprensión y adaptación de la vida religiosa, tal como lo desea el Concilio Vaticano II.

De cualquier manera, no podemos menos de sentir tristeza por la suerte de estos cristianos que comenzaron a edificar y no pudieron terminar. Sus lamentables casos, que pueden ser un escándalo de "pequeños", es decir, de personas no suficientemente formadas en la madurez del espíritu, nunca podrán ser argumentos válidos en contra de la Iglesia ni de la vida religiosa.

Se dan a conocer asimismo varios casos de sacerdotes que renuncian al ejercicio de su ministerio y aun consiguen de Roma dispensa para contraer matrimonio, con una facilidad que

ciertamente nos parece aconsejable en nuestros tiempos, en contraste con la férrea negativa usada hasta hace poco. Pero esto no concede derecho para argüir que debe abolirse de un modo general el celibato eclesiástico, aun admitiendo, como es claro, que no forma parte esencial del sacerdocio. ¿Es que no vale nada la consideración de San Pablo, cuando pide para el ministro supremo de Dios la entrega completa del amor sin un corazón dividido? Por otra parte, pretender que el matrimonio evitaría las dolorosísimas faltas de algunos sacerdotes, es una ingenuidad manifiesta: ese argumento probaría demasiado, es decir, nada, pues nos llevaría lógicamente a pedir la supresión del sexto mandamiento. La raíz del problema está en la verdadera vocación, en la formación adecuada de los candidatos al presbiterado, especialmente en el dominio propio, en la vida de piedad y unión con Dios...

Se dice con frecuencia que el matrimonio ofrece al hombre su desarrollo natural y su indispensable complemento. Esto es verdad en las circunstancias comunes y corrientes. Pero ¿no hay causas superiores, aun en lo humano, que puedan suplir y aun mejorar ese ordinario complemento? ¿No estamos aquí en un ejemplo de esa "veneración de la carne" de que acaba de hablar, con toda su autoridad y experiencia de más de ocho décadas, Jacques Maritain...?

Tal vez, al concederles el matrimonio, aumentarían en número los sacerdotes, en algunas regiones y circunstancias. Mas cabe preguntarse si al obrar así crecería también la calidad. Sin quitar nada a la santidad y a la fecundidad apostólica del gran sacramento, que felizmente hoy comienza a valorarse en toda su grandeza cristiana, opacada a veces por un como maniqueísmo inconsciente, contra el que ya protestara San Agustín, no es lícito cortar las alas del espíritu a quienes, llamados por Dios, desean entregarle todo su ser por el reino de los cielos. Siempre valdrán, so pena de desmentir al mismo Jesucristo, los eunucos que son tales por propia voluntad y por llamamiento de la gracia. No queramos empobrecer la Iglesia y despojarla de un tesoro, que aunque accidental, la ha enriquecido desde sus mismos principios por voluntad de su divino Fundador.

**BICENTENARIO CENTROAMERICANO:
JOSE SIMEON CAÑAS.**

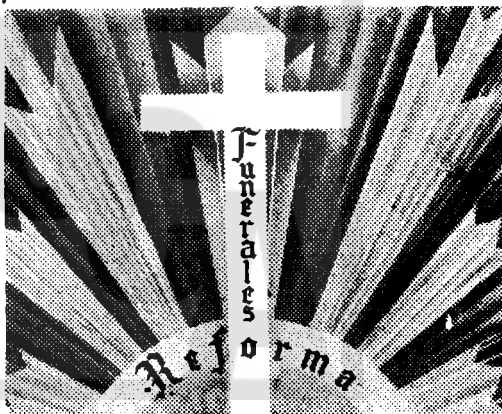
El 18 de febrero de este año de 1967 se han cumplido dos siglos del nacimiento en Zacatecoluca (Departamento de La Paz, El Salvador), del insigne sacerdote y prócer salvadoreño y centroamericano José Simeón Cañas y Villacorta. Por acuerdo de los Congresos de El Salvador, Nicaragua, Honduras y Guatemala, la ciudad natal del patricio ha sido por un día capital de Centroamérica. El Salvador puso en circulación ese día una emisión postal dedicada al presbítero Cañas.

Muchos y grandes son los méritos del Padre Cañas. Fue rector de la Universidad de San Carlos en Guatemala y destacó en la gesta independentista de estas naciones, corazón de América. Pero su actuación capital, y que será siempre recordada con justo orgullo, es la que le ha ganado el debido y preclaro título de "Libertador de los Esclavos en Centroamérica". El 31 de diciembre de 1823, ante el Congreso Federal, reunido en Guatemala, abogó con elocuencia y autoridad por esa prerrogativa de la dignidad humana, que quedó luego, gracias a su infatigable gestión, consignada en el artículo 13 de la Constitución Federal de Centroamérica: "Todo hombre es libre en la República. No puede ser esclavo el que se acoja a sus leyes, ni ciudadano el que trafique con esclavos".

Terminada la lucha por la independencia, José Simeón Cañas se trasladó a San Vicente; allí entregó su alma a Dios, el 4 de marzo de 1938, a los 71 años, luego de haber prodigado su caridad a los enfermos del cólera, enfermedad que así contrajo y le llevó a la tumba.

Toda Centroamérica se ha unido al homenaje de esta figura nobilísima, verdadera luz de la Iglesia y gloria de El Salvador. Al establecerse en la capital salvadoreña la Universidad católica, en 1965, ha querido, con justa comprensión, llevar el nombre prestigioso del presbítero José Simeón Cañas.

**ALAMEDA
ROOSEVELT 31-30**



**TELEFONOS: 23-40-80,
23-40-85 Y 23-71-47
— SAN SALVADOR —**